

CUADRANTE



*UN RETRATO DE VALLE-INCLÁN A TRAVÉS DE DOS
ENTREVISTAS OLVIDADAS (1921-1925)*

VALLE-INCLÁN E O DISCURSO HISTÓRICO MURGUIANO

DOS MIRADAS RECIENTES SOBRE VALLE-INCLÁN DESDE EE.UU.

SOBRE O VIÑO E OUTROS EXCITANTES EN VALLE

TEXTOS RECUPERADOS

HISPANIDAD DE VALLE-INCLÁN

Nº 13


Amigos
Valle Inclán

Vilanova de Arousa



CUADRANTE



Revista cultural da
«Asociación Amigos de Valle-Inclán»

Medalla de honra de ADE 2006
(Asociación de Directores de Escena de España)

*UN RETRATO DE VALLE-INCLÁN A TRAVÉS DE DOS
ENTREVISTAS OLVIDADAS (1921-1925)*

VALLE-INCLÁN E O DISCURSO HISTÓRICO MURGUIANO

DOS MIRADAS RECIENTES SOBRE VALLE-INCLÁN DESDE EE.UU.

SOBRE O VIÑO E OUTROS EXCITANTES EN VALLE

TEXTOS RECUPERADOS

HISPANIDAD DE VALLE-INCLÁN

Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
www.amigosdevalle.com
Agosto 2006

Director:

Gonzalo Allegue

Subdirector:

Francisco X. Charlín Pérez

Secretario de redacción:

Víctor Viana

Consello de Redacción:

Xosé Luis Axeitos
Ramón Martínez Paz
Xaquín Núñez Sabarís
Xosé Lois Vila Fariña
Ramón Torrado

Xestión e administración:

Pablo Ventoso Padín
Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:

Eugenio de la Iglesia (*Encabezamento de capítulos*)

Deseño e maquetación:

Nieves Loperena

Imprime:

Gráficas Salnés, S.L.

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.S.N.: 1698-3971

SUMARIO:

Javier Serrano Alonso

Un retrato de Valle-Inclán a través de dos entrevistas olvidadas (1921-1925)..... páx. 5

Francisco X. Charlín

Valle-Inclán e o discurso histórico Murguiano (I) páx. 27

Jesús Blanco García

Dos miradas recientes sobre Valle-Inclán desde EE. UU. páx. 51

Xavier Castro

Sobre o viño e outros excitantes en Valle páx. 65

TEXTOS RECUPERADOS

Rafael Dieste

Hispanidad de Valle-Inclán páx. 81

Cuadrante non manterá correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.

A responsabilidade das opinións vertidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxio.

Textos,
Recuperados

En mayo de 1937, en plena guerra civil, militar y cultural, Rafael Dieste escribía en el nº 5 de la revista HORA DE ESPAÑA un artículo titulado «*Hispanidad de Valle Inclán*»,

Esta publicación, que según Anthony Beevor tuvo «*una extraordinaria calidad intelectual y material*», inició su andadura en enero de 1937 en Valencia, para continuar posteriormente en Barcelona; se publicaron 23 números hasta enero de 1939, fecha en que esta ciudad cae en poder de las tropas de Franco.

Concebida en principio «*como un instrumento de contacto entre los simpatizantes de la República que se encontraban fuera de las fronteras españolas, y los escritores y poetas que continuaron con la vida artística durante el conflicto*» contó entre sus colaboradores con lo más florido de los escritores e intelectuales de la República: Antonio Machado, Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, María Zambrano, Rafael Dieste, Arturo Serrano Plaia, Dámaso Alonso, José Bergamin, León Felipe, Enrique Diez-Canedo, José Moreno Villa, etc

En el primer ejemplar se aclara la postura de la revista en los desagradables momentos en que aparece: «*Nuestros escritos han de estar, pues, en la línea de los acontecimientos, al filo de la circunstancias, teñidas por el color de la hora, traspasados por el sentimiento general. Nuestro pensamiento es éste: Si es la hora del alba, nuestros actos, serán levantarnos, asearnos, agarrar las herramientas y empezar la tarea de esta hora. Y todas estas operaciones irán teñidas forzosamente del color de la luz que hay y del frío del amanecer y transida por los sonidos mañaneros y por la animación matutina...*»

De entre los escritores extranjeros que escribieron para *Hora de España* (Malcom Cowley, Ilya Ehrenburg, André Chamsom, Stephen Spender, etc.), destaca la figura de Feodor Kelyn por la especial relación que tuvo con Valle-Inclán.

El hispanista Kelyn era director de la revista *Literatura Internacional*, y mantuvo una discreta correspondencia con Don Ramón en el año 1933, recogida por Juan Antonio Hormigón. Publicó igualmente artículos valorando la calidad de la obra literaria de Valle-Inclán.

El franco agradecimiento que se aprecia en la carta de don Ramón al escritor ruso, considerado una persona honrada, se rompe tajantemente con la opinión que de él tenía Ramón J. Sender, el cual afirma que Kelyn era «*hombre de maneras suaves, palabras*

melosas pero falso como Judas». Llega a comentar que cuando el escritor ruso estaba en España, sabía que Sender estaba en la lista negra de los comunistas y que por ello trataba de no encontrarse con él. Afirma Sender que el escritor ruso estaba al servicio de la policía política y como tal denunciaba a sus compañeros sin compasión.

Rafael Dieste colaboró con varios artículos y notas en la revista *Hora de España*, (que Andrés Trapiello calificó como «la revista literaria más importante de la guerra y una de las mejores del siglo»): «*Candente Horror*», «*Nuevo retablo de las maravillas*», «*Fraternidad viril en torno a España*», «*Desde la soledad de España. (Sobre la vida y el espíritu)*», «*Entre dos fuegos*», y el ahora recordado con el título de «*Hispanidad de Valle Inclán*»

VICTOR VIANA

HISPANIDAD DE VALLE-INCLÁN

A la vuelta de morir D. Ramón del Valle Inclán, en casi todos los homenajes literarios en que se hizo memoria de su figura y de su mérito, sobresalían estas alabanzas: gran artista, forjador del idioma. No es poco si esa loa no era un lugar común al que se apela para improvisar juicio, y si tácitamente se entendía en ella lo que había expresado el mismo Valle Inclán en modo sentencioso: que cada lengua contiene el pasado de su gente —y que en la ética se guardan las normas de la estética.

El idioma de un pueblo no es un signario inerte esperando a que lo anime la poesía, sino que nace con ella y del mismo espíritu. El poeta y el verbo de que es hijo, mutuamente se hacen. Vistas así las cosas, aún es necesario señalar, dentro de lo universal de este proceso, lo que distingue particularmente al de Valle Inclán: y es que el coloquio de su nostalgia con la historia de España que él vivía, y el trato íntimo de su genio verbal con las palabras, giros y «recuerdos» del idioma español, fueron en él caminos singularmente paralelos.

Las palabras eran historia acendrada para Valle Inclán. No signos esperando a que les den lugar, como esperan las notas a hacerse musicales en una melodía; no elementales piezas para recomponer el mito, sino alas e impulsos de la imaginación y del recuerdo compartidos, claves, ya por sí mismas, de la memoria más concreta. Tal historicidad de la palabra (sea de historia o de leyenda realmente viva) no era para él efecto de un simple juego asociativo. Se unía en su alma al gozo y al conflicto de la añoranza, con igual virtud que el recuerdo contenido en las cosas.

No se entenderá, o parecerá afectado de artificioso arcaísmo, su primer estilo, si no se sabe que en sus memorias de niñez reposan aquellas palabras con el mismo resplandor que los cielos y flores, campesinos y santos, que él había visto en el valle de Salnés. También conviene saber esto: que en la Galicia inocente y arcaica, se cuentan tres tiempos: el de los mozos, el de los viejos y el de los antiguos. En éste el horizonte se aquieta, y no hay línea episódica que señale su límite. Está siempre tan cerca y tan lejos como el cielo. Y a su regalo se atribuye todo lo que tiene gracia y dignidad imperturbables. En ese cielo del tiempo antiguo de Galicia están los héroes, el arte de tejer, la sutileza en los presagios —que hereda el labrador—, las promesas

firmes... Ahondando en esta su viva antigüedad, Valle Inclán pasó el riesgo de quedar prendido en tradicionalismo; sobrepujó ese riesgo con aquella hondura, y en ésta halló firmeza para afrontar con amanecida razón todos los tiempos que viniesen. «Cuando mires tu imagen, evoca tu sombra de niño. Quien sabe del pasado sabe del porvenir». ¡Saber del pasado por saber de niñez! No hay que olvidar que su niñez fué en tiempo de los antiguos. Valle Inclán tenía mil años.



Sobre el catolicismo y la tradición española creo que no llegó Valle Inclán —al menos en sus teorías conversacionales— a dar con los puntos de vista más seguros, pues aunque amaba por vínculos de espíritu y por inmediata admiración a San Juan, a Velázquez y a Cervantes, creyó siempre que lo español se definía con mayor evidencia de carácter en Calderón y el Greco, y si no con la misma elevación que en estos últimos, al menos con ejemplar desnudez de impulso, en Ribera y Zurbarán. Aquellos otros genios de gran sosiego contemplativo, de amplio horizonte para la mirada y de medidos timbres en la luz y en la voz que conducen al éxtasis, a la dilatada piedad, a la gloria más casta de lo que se ve, se piensa o se duele, aquellos santos, digo, siendo para él ejemplos de tanta bondad, imperio y transparencia como una madrugada en las colinas, ponían cisma, con su presencia, a sus definiciones demasiado simétricas de lo español. Y él mismo, por motivos que guardan con esto cierta afinidad, halló dificultades para españolizarse...

En su alabanza debemos decir dos cosas: que tal esfuerzo fué fecundo, y que no consiguió lo que se proponía. Así vino a ser un gran español, que quiere serlo y acaba siéndolo sin querer.

La dramaticidad de su obra no responde a su precepto de lo dramático, agotado en la idea del gran relieve y de la violenta oposición de luz y sombra. Es muy superior a esto y, en su esfera temática, las armoniosas fluctuaciones del amor y la burla juegan entre la gracia de lo inocente y la ficción de honor, que son como sus polos.



Durante mucho tiempo Valle Inclán pareció a los lectores, a los críticos —y tal vez a él mismo— un artista puro. Acontecía esto cuando no se había llegado aún a decantar ese concepto de pureza hasta aquel punto en que el tema de la poesía es la misma poesía, y el del arte es el arte. En esta segunda edad de la doctrina D. Ramón del Valle Inclán pareció, a los de la alquitara, un escritor impuro en extremo, un

anecdótico. Antes se decía el arte por el arte, en un sentido quizá precario, como preconizando el valor del ornamento en sí, con una vaga apelación a la embriaguez — fuese ésta mística o maldita o las dos cosas en tentadora confusión—. Luego se habló con más pureza —quizá también con más honestidad— de equilibrio y éxtasis, con lo cual la quietud del objeto que se presenta a la contemplación y la quietud misma de la actitud contemplativa, en suma, el estar en forma de mutua adecuación comunicativa el objeto y el sujeto, se convirtió en «tema» del arte y de la poesía, siendo la ley común de ambos un volver sobre sí la trascendencia, un aquietarse en ida y vuelta circular, merced a la exclusión de todo incentivo ajeno a ese propósito. Pero como había que construir con algo —y no era posible hacer un arte y una poesía «sintéticos a priori» y completamente puros, según el modelo de la matemática— se consideró la materia del arte y de la poesía como inevitable y enojoso accesorio, y casi llegó a parecer lo ideal volar sin alas, sin aire y hasta sin pájaro. Aquel quietismo que D. Ramón había creído profesar conforme a la doctrina del padre Molinos —aunque es muy dudosa tal conformidad— no era tan desencarnado... El arte de Valle Inclán, antes demasiado puro, pareció entonces todo lo contrario. Había en él demasiados ángulos, colores, episodios y máscaras...



Según la doctrina que Valle Inclán heredó del simbolismo, cada escritor necesita «equivocarse un poco», como se decía antes de él; o como él decía: hacerse, en cierto modo, del idioma un dialecto, un clima de valores verbales y significativos que van de lo decible a lo indecible, de lo de todos a lo que él quiere hacer de todos. En el clima idiomático de Valle Inclán, el lenguaje —por virtud alusiva o descriptiva— cosecha de una vez tal copia de accidentes, que hay riesgo de que se confunda el propósito y se crea que allí se pinta sólo por gusto de poner tino y «arte» en lo pintado. ¿Es pintoresco el idioma de Valle Inclán? Según se ahonda en él y en la intención primaria que anima sus luces, se ve que es vivo, ingenuo y amorosamente fiel. Tanto como la maestría —y en casos, más— hay que alabar el nobilísimo candor que en él se transparenta. Y si el autor no se inquietase —por no ser tan santo en otras cosas— se le podría hacer efigie de madera y, aureolada, ponerla en altarcillo de ermita, en soledad de monte, sin que desdiga de la alta brisa silvestre aquel instante inmóvil en que estará viendo cómo son las palabras reapariciones —y quizá viceversa...



Unas veces alude con lírica sencillez. Otras une todos los puntos necesarios para reconstruir en cercanía la presencia de lo real. Su estilo transcurre, con natural fidelidad a las intuiciones, entre esos términos extremos.

Y en grado medio de objetivación pone siempre los vivos mecanismos de la farsa. ¡Vivo mecanismo!... No deja de ser terrible ver el rigor con que construye sus muñecos Valle Inclán. No les falta ni sobra resorte de los necesarios para vivir según todas las apariencias. Si no revientan en la intriga podrían salirse de ella y andar con esa clave por el mundo.

Tanto es así, que luego les vemos pasar, o traban con nosotros comercio de amistad o de discordia. Cosa grave, cuando el comercio es de amistad. Pero, señor, si le veo el resorte. Se mira hacia lo lejos, tal vez a una interior lejanía. ¡Amigos!, ¿dónde estáis? ¡Qué congoja! Hay que amar al muñeco y, en su presencia, no hay otro remedio que ser su prójimo, recapitularse en una sentencia y en una manía para entenderse. Así se va quedando el alma hueca. Estamos a punto de culpar al muñeco y de maldecirlo, pero el día en que nos avasalla una desgracia bien puede suceder que vayamos en su busca y descubramos con fraternal terror, a punto de abrazarle, que sí, que es nuestro prójimo.

Esos muñecos de Valle Inclán no son como los del humor inglés, hechos con artificio de inteligencia y por contraste, sofismas que andan y nos miran. No son clownescos. Linda intervención de los ingleses, hermana de su lírica, esa del clow. Así ya puede uno reirse de sí mismo. (No de sí mismo; más exacto: del muñeco que empezaba a tomarse a sí mismo demasiado en serio. Y así puede uno saltarse a la torera el carácter —demasiado carácter— que le han ido haciendo a uno los demás). No son clownescos los muñecos de Valle Inclán, sino de caracterizadora y terrible inspiración española. No se sabe por qué, pero nos hemos enmascarado un día todos, unos frente a otros, y se han planteado un conflicto entre máscaras. Sea. Que se endurezca la máscara hasta hacerse insoportable. Y que la risa llegue al límite doloroso de la extrema burla. En ese instante la marioneta valleinclanesca tendría que gemir, implorar. Tendríamos que gemir, implorarle. Y aunque no se hace —pues muchas cosas han de aplazarse hasta el Juicio Final— llevamos con nosotros, a partir de entonces, el peso de una fraternidad inevitable. Pero algún día esa dura fraternidad se enternece, y es cuando el prójimo del mecanismo vivo tiene en torno a sí la dilatada lividez del alba. Y hay que decirle: Entra conmigo en esa luz, pues de otro modo no entraría yo íntegro, ni sería justo; y atribúyeme todo su exceso de caracterización ante la luz del gran juicio. Pero vamos a entrar seriamente, quizá con gracia clownesca, sin pasaporte ni credenciales. Tira ese pergamino de justificaciones.



Todo artista es responsable de sus criaturas, y no se las despacha con olvido o con decir que se trajeron a existencia para ponerlas por ejemplo de lo que haya o no que hacer. ¡Bueno fuera liberarse dando vida a esas figuras, reirse de ellas, que den ejemplo, que se queden, a lo mejor, así para siempre —sin poder morir ni entrar en posesión de su albedrío—, que todos celebrasen al artista, y éste nada hiciese por ellas desde la hondura del poder de su corazón y desde los linderos misteriosos en que él anda! «Pero, señor, si me han nacido así». No cabe tal excusa en cristiandad de poetas españoles. Así el genio español entrará en la eternidad con todas sus criaturas: las que sólo ha nombrado, más con los ojos que con las palabras; las otras que, por milagro de la palabra usada por desprendimiento, dotó de libertad y son dueñas de sí —como para dar fe de sí mismas y resucitar muchas veces (ejemplo: don Quijote)—, y también con las otras, las definidas y conclusas, las que son puro carácter hecho en discordia consigo y con los otros o en ignorancia de la aurora. Y de éstas dirá también, con íntegra responsabilidad: Soy el autor, y si al infierno van, con ellas voy.

Míster Pichwick, creo que no pondría reparo en repetir sus equivocaciones otra vez, si eso divierte a los ángeles. Y ya de este lado de España, el mismo Lazarillo, aunque terminó en oscuros fraudes en que entra murmurando el nombre de su mujer, había conocido tantos caminos y vió tales misterios en los laberintos de la pobreza errabunda, que, aun llorando, quizá retornaría. ¡Pero otros personajes!... ¡Que no, friolera! Y si al de esta imprecación le obligasen, dirá que vuelva también a padecer con él aquel que se acaricia la barba sutil con parsimonia. ¡Pero si te conozco!, tendrá que gritar el autor, y derramará tanta luz de conocimiento sobre todas sus figuras y sobre la suya propia, que nadie tendrá ya reparo en volver —no siendo que no hará falta, porque entonces será ya otro el auto sacramental que se está viendo. (Tiembla mi propia ética de decir estas cosas, temiendo pecar de optimismo, que es un mal pecado. Así, retrocedo y vengo a quedar en aquella afirmación primera, de que el genio español no negará).



Ahora que estamos ya fuera del primer círculo de la divagación, en que se discutían timbres de pureza, vemos que las peripecias del verbo valleinclanesco no son «episódicas». De la memoria de lo ausente, expresada en sencillo nombrar y salmodiar, pasa luego su arte a dar máxima presencia a las figuras del recuerdo. Estas, en tal extremo, tienen la misteriosa exactitud de las constelaciones, el rigor de constancia de un blasón y vienen a ser como redivivas o dobladas en dos vidas idénticas. (Y en esto puede parecerse la ambición de Valle Inclán a la de los imagineros españoles).

Un tal amor de identidad exalta los acentos de la luz y cristaliza la materia, de tal modo que aquello es como si fuese más real que la primera vez. Quizá se excede la fuerza del testimonio respecto a lo testimoniado y así acaba siendo nueva y sorprendente la materia de la historia. Hay un poco de muerte en todo esto...

Pero de pronto nos sacude una larga vibración que toma origen en alguna sentencia sencilla y tan unida al rigor de lo demás que no sabemos cómo ha podido quebrar la casi cristalina quietud contemplativa. Es que en esa sentencia, muy fugazmente, se han visto los ojos del autor y, en ellos, su antigüedad y su nostalgia.



¿Qué entienden por ideal los ingleses? Algo, sin duda, muy plausible: un mundo feliz. Y a eso se refiere la dulce nostalgia británica. Pero a esta nostalgia española casi no se la puede asignar un objeto, así de hermoso, como un ideal... Es una sed terrible, entretenida con gracias, burlas y denuetos —una terrible sed de decoro.

En discordia consigo, deslucido en pugna de desprecios y mutuas ignorancias, viendo la inmensa mascarada que pasa por las crestas de nuestra última historia —que hoy se desploma furiosamente, aun obstinada en los disfraces—, el español no ha podido ser aún lo que quiere ser... ¡Qué sé yo! Acaso lo que D. Ramón soñaba en sus fantásticas mocedades, acaso algo más simple todavía...

¿Un caballero? Esta palabra duele un poco, más que por modesta y anacrónica, por el vacío casi sepulcral que ha venido a cobijarse en ella cuando el caballero, caracterizado con exceso para hacerse respetar, se ha reducido a la propia superficie, seca como hoja seca, de su énfasis, dando así la pauta del énfasis caballeresco a los jubilosos de toda esperanza y a los que infatúan sólo de abstenciones; dando también motivo a los nacionalizadores de conceptos para meter a España en esa cáscara. Con lo cual España, mientras viva, se enfurecerá, rompiendo a golpes —o a voces, con blasfemias— el concepto en que el barroco, el jesuíta y el nacionalizador pretendían encerrarla.



Aquí nostalgia y sed —las aludidas— mutuamente se explican, aunque no pueda cada una descansar en terminante definición, pues no son un ser esto o lo otro, sino un trascender.

Tiene en su alma cada cual su valle de Salnés, donde reposa la imperturbable vir-

ginidad del saber primero; y lleva en sombra íntima, también, el otro valle en que se concitan las almas enjuiciadoras de todos, el mirar infinito y simultáneo de todos los peregrinos congregados en el mítico final, un hoy de todos los juicios. Y entre aquel valle y éste, según qué atención nos domine, están la verdadera gracia y el verdadero honor. Pero, puestos a andar, hallamos también el simulacro del honor transitorio y, asimismo, el honor transitorio necesario... Este (y no el suyo, en el cual no piensa cuando es libre y está realmente inspirada) es lo que defiende —contra la ignorancia de los fatuos y la prisa brutal del traficante—, el alma caballeresca, ingenua, firme y madrugadora.

Por esto— y por muchas cosas que quedan por decir— se ve cuánto amor y qué áspera firmeza hay en las burlas de Valle Inclán, y qué de lejos viene ese claror de amanecida que, según te mueves, ves transitar por su horizonte.

RAFAEL DIESTE



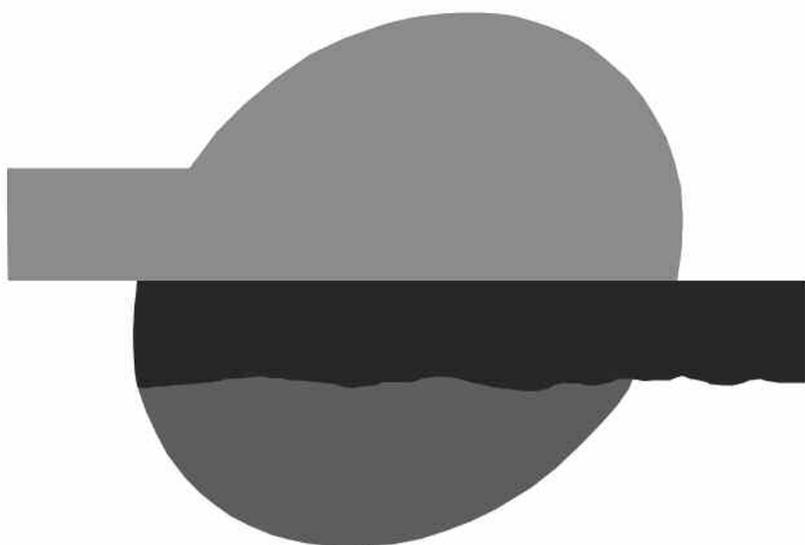
Casa - Museo
Ramón del Valle-Inclán

Rúa Luces de Bohemia
Vilanova de Arousa



CONCELLO DE
VILANOVA DE AROUSA

REPSOL
YPF





CAIXA
GALICIA

Unha provincia que medra

Unha superficie de 7.876 quilómetros cadrados, case 700 quilómetros de litoral, máis de 1.100.000 habitantes, 94 concellos, configuran un espazo único. Desde a Deputación da Coruña compartimos contigo a *ilusión por seguir medrando.*



Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos

ISSN 1698-3971



9 771698 397000

P.V.P

5 €